

## **SUDAFRICA EN EL CONTEXTO MUNDIAL.**

*Comunicación del académico Dr. Jorge M. Mayer, en la  
sesión privada del 12 de octubre de 1988.*

## SUDÁFRICA EN EL CONTEXTO MUNDIAL

Por el Académico DR. JORGE M. MAYER

Nuestra confusa política internacional se halla influida por varios sofismas ideológicos, imprudentes y desconcertantes.

Uno de ellos son las críticas al regimen institucional de la Unión Sudafricana, que la propaganda soviética, basada en sus conocidos planes imperialistas, describe con los más siniestros colores, valiéndose de la deficiente información de algunos de nuestros funcionarios.

Es revelador que los autores de los peores atentados contra la libertad y la dignidad de los seres humanos, en su propio territorio, sean aquellos que más se empeñan en difundir esas fábulas, porque muestran las dos caras de una misma y persistente política.

Por eso es indispensable abrir los velos que ocultan a este proceso y señalar cuál es la verdad, establecer claramente los hechos básicos, las condiciones sociales que caracterizan a ese país y cuales son los fines reales de esa campaña.

La República de África del Sud o Unión Sudafricana, comprende una reducida superficie de 1.220.000 km<sup>2</sup>, formada por mesetas y valles de 600 a 1.500 metros de altitud. En el este se halla la cadena de montañas de Draskenberg, que alcanza una altura de 3 mil metros, donde nace el río Orange.

Linda en el norte con el África del Sud-Occidental (hoy Namibia), una colonia de origen alemán, adminis-

trada por un comisario designado por la UN, Bechuana-landia (hoy Botswana), Rhodesia del Sud (hoy Zimbabwe) y Mozambique. Enfrente, en el Océano Índico se encuentra la isla de Madagascar y sus costas sobre los dos Océanos miden 3 mil kilómetros.

Comprende las cuatro provincias del Cabo, Natal, Orange y Transvaal, que formaron en 1910 la Unión Sudafricana, la parte occidental es más bien seca y la parte oriental húmeda y se extiende en las vastas llanuras del "Veld".

En 1488, el piloto portugués Bartolomé Díaz descubrió el Cabo de la Buena Esperanza, llamado originariamente de las Tormentas. Los primeros blancos que colonizaron un territorio prácticamente desierto, por el año 1652, fueron granjeros holandeses, hugonotes franceses, flamencos y alemanes, en su mayoría devotos calvinistas. Empeñosos y progresistas abrieron el puerto del Cabo de la Buena Esperanza, el actual Cap Town, que sirvió de apostadero para los barcos de la Cia. de Indias y al tráfico por el Océano Índico hasta las fabulosas factorías de Catay.

Patriarcales e independientes, boers significa granjeros y su idioma es el afrikaner, un dialecto entre holandés y alemán. Dedicados a la agricultura, debieron luchar con las tribus de los Bantus y Hotentotes. Los ingleses invadieron la Colonia del Cabo en 1795 y su ocupación fue legalizada por el Tratado de París de 1814. Los boers emigraron entonces al norte del río Vaal y fundaron las colonias de Orange, Natal y del Transvaal.

Las diferencias entre los mismos pobladores blancos se acentuaron a partir de 1880 y los boers sostuvieron una famosa y porfiada lucha contra los procónsules de la Reina Victoria de 1899 a 1902. Los boers dirigidos por Paul Kruger, Presidente del Transvaal y los Generales Luis Botha y James Hertzog y el apoyo de la opinión pública europea, mantuvieron en jaque por varios años a las tropas de la Corona, conducidas por Cecile Rhodes, Lord Kitchner y la British South Africa Company. Estos sólo consiguieron imponerse después de unos sangrientos contrastes y la paz se firmó en Vereeniging el 31 de mayo de 1902.

Los africanos fueron confinados en la reserva de Kafilandia para evitar los sacrificios oficiados por los hechi-

ceros y los combates entre las tribus totémicas y los musulmanes.

Varios grupos de boers emigraron, algunos se radicaron en Comodoro Rivadavia y otros fundaron la Colonia Sarmiento, en la Patagonia, de excelente recuerdo.

El gobierno británico se empeñó en lograr una reconciliación. Los boers con hábiles negociaciones conducidas por el General Botha y el Mariscal Jean Smuts, obtuvieron la Constitución el 20 de septiembre de 1909, en 1926 recuperaron legalmente su soberanía, en 1931 su independencia, confirmada por el Estatuto de Westminster y en 1961 se retiraron del Commonwealth, con su bandera y su himno. Habían triunfado.

La población es de 13.900.000 habitantes, de los cuales 2.900.000 son blancos y 9.300.000 son africanos, 1.280.000 pardos y 420.000 hindúes y malayos.

De los africanos 2 millones viven en las ciudades, empleados en almacenes y tiendas, en trabajos artesanales, algunas profesiones liberales y comercios por cuenta propia, 3 millones de peones en las chacras y 3,5 millones en las reservas de Transkei, Pundolandia y Vendalandia.

Calcinados bajo el yugo implacable del sol, las tribus de Bantus, Bochimanos, Hotentotes, Cafres y Zulues, otros 10 millones, acampan en los territorios vecinos y completamente autónomos de Buchanalandia y Rhodesia del Sud y en los enclaves de Swasilandia (hoy Nebwane) y Batusolandia (hoy Lesotho) con una superficie de 2 millones de km<sup>2</sup>, donde eligen libremente sus propias autoridades.

Divididos a veces por odios totémicos y sádicos, practican la magia negra y los exorcismos, entre el crepitar de las hogueras, el aullido de los sacrificios humanos, el canibalismo y sus horripilantes conjuros rituales.

El problema se agrava porque algunas de estas tribus, como los Bantus son polígamos y si las mujeres blancas tienen un promedio de 2 hijos, las mujeres negras 8, de modo que el equilibrio numérico se acentúa.

Las principales ciudades son la capital Pretoria y Johannesburgo en el norte, Kimberley y Bloemfontein en el centro, en el sur el puerto de El Cabo, y sobre el Océano Índico, Puerto Elizabeth y Durban.

El clima es excelente y las buenas tierras facilitan los cultivos. El índice de aumento de la producción es igual al de los Estados Unidos, Japón, Italia, Alemania Occi-

dental y mayor que el Canadá, ocupa en el mundo el 5º puesto.

Su población alcanza a 1/15 del continente africano, pero contribuye con el 1/5 de su producción total.

Originariamente pastores, democráticos y paternalistas, la industrialización no les ha hecho olvidar sus primeras inclinaciones. Cuentan con 13 millones de vacunos, 40 millones de lanares, que les permiten exportar 120 mil toneladas de lana y 6 millones de cabras, que brindan el 10 % de la producción mundial de lana mohair. Las aves, los porcinos y la pesca en la costa Atlántica aumentan las exportaciones.

Producen maíz, trigo, avena, sorgo, uvas, manzanas y peras, en la zona del Cabo elaboran 4 millones de Htls. de vino y las plantaciones de tabaco avanzan constantemente. En el Natal las plantaciones de caña de azúcar ocupan 700 mil Has. con un rendimiento de 1 millón de toneladas.

Esta economía pastoril se transformó después del descubrimiento de los brillantes en Kimberley el año 1847 y del oro en Witwatersrand en 1875. Los gobiernos sudafricanos tuvieron el buen tino de convertir los lingotes de oro en maquinarias y así en los últimos años multiplicaron la producción industrial por 7 y las exportaciones por 11.

Aprovecharon plenamente las necesidades originadas por la guerra de 1939 y dieron un gran impulso a las fábricas de calzado, ropas, mantas, neumáticos, vehículos blindados, municiones y piezas de repuesto.

Aplicaron una política económica de puertas abiertas, que atrajo las inversiones de las empresas europeas, norteamericanas y australianas. En el mismo período hicieron todo lo que nosotros no hicimos. La economía del Cabo inició un salto y la nuestra una decadencia dolorosa.

Las industrias metalúrgicas pesadas, que se han instalado en la zona de Pretoria y Natal, elaboran 50 millones de toneladas anuales. En Puerto Elizabeth se levantaron talleres de montajes de automóviles. Las industrias textiles están en pleno desarrollo. En Daggafontein cuentan con un depósito de uranio y en Pelindaba se ha instalado un reactor atómico.

La producción de carbón se ha quintuplicado en los últimos 50 años, la del acero se ha multiplicado por 10,

la producción industrial en conjunto por 9 en 20 años, genera el 60 % de la electricidad del continente.

Cruzan anualmente frente al Cabo 2.400 barcos de gran tonelaje y 600 petroleros que surten de mercaderías y combustibles a Europa y al Japón.

Le sirve de apoyo una excelente infraestructura, una extensa red de caminos, puentes, usinas eléctricas, universidades y hospitales, un eficiente sistema bancario y servicios médicos de alto nivel, los millonarios se levantan a las 7 de la mañana para trabajar.

En un pequeño territorio, favorecido por las riquezas mineras, extraen el 83 % del platino de la producción mundial, el 80 % del manganeso, el 44 % del vanadio, el 59 % del cromo, el 90 % de los brillantes y el 55 % del oro.

Las industrias de los países avanzados necesitan el cromo, el cobalto, el manganeso, los derivados del platino, el óxido de uranio, titanio, zinconio, antimonio, fluor y amianto que les suministran puntualmente.

Aprovisionan el 80 % de las necesidades brutas de la OTAN, el 70 % de los minerales estratégicos y el 25 % de los productos alimenticios que consume el Mercado Común, la pérdida de estos minerales sería una catástrofe económica y militar para el mundo occidental.

Sus hombres de estado han comprendido que actualmente el bienestar y el progreso dependen más de los conocimientos técnicos y de las investigaciones aplicadas a las industrias, que de la producción de materias primas.

Por eso sus gobiernos se han dedicado a mejorar el nivel de la educación científica y de tercer grado, a la exportación de productos manufacturados y a fomentar el turismo. Buscan el adelanto en el desarrollo de la biotecnología, la microelectrónica, la botánica, la informática, el empleo de la cerámica y los robots. Con excelentes Universidades y Bibliotecas, el Instituto para las Investigaciones Futuras de Stellenbath traza los planes. Juzgan que no puede haber buena política sin una buena economía, han limitado las importaciones en todo lo posible, no creen en "la mano invisible" del mercado, si no se protegen los capitales y el ahorro interno.

Merece recordarse que un importante industrial japonés y un conocido político local han observado hace

poco que las fórmulas institucionales del más variado estilo carecen por sí de fuerza convincente, porque la verdadera medida de una economía es su éxito experimental y práctico.

Las distintas vetas raciales han creado unos complejos problemas políticos y humanos, que la República Sudafricana ha tratado de resolver, desde 1948, mediante el régimen del apartheid, y hasta ahora ha mantenido la paz y ha asegurado el progreso. Pero que ha servido de bandera y de pretexto para una activísima y farisaica campaña de propaganda, orquestada desde Moscú, con el coro de las conocidas comparsas y el fin de capturar una de las bases económicas más importantes de la civilización occidental.

El progreso de las sociedades humanas es lento y difícil. En esas comarcas hurañas y dispersas, a menudo salvajes con poblaciones alucinadas por los totems y los Vudus, no es fácil establecer un gobierno regular, al estilo de la República Suiza, que conceda los mismos derechos políticos a todos los sectores.

No es posible descartar las condiciones sociales y las características de las tribus africanas, es indispensable respetar las realidades. La falta secular de una disciplina cívica, la influencia atávica de las supersticiones tribales, las dramáticas experiencias de otras comarcas del continente, aconsejan que se las guíe con prudencia. Es en cambio necesario impartirles una paciente educación y una cuidadosa asistencia social, para elevarlas paulatinamente a un más alto nivel de vida, como se hace actualmente.

El régimen del apartheid, con todas sus imperfecciones y sus injusticias, como todo régimen político, es el que ha logrado asegurar mejor la paz y el bienestar en las poblaciones africanas. Para comprender su actitud hay que analizar la posición en que se encuentran los antiguos pobladores boers. Si antes estuvieron asediados por las fieras, las tribus Bantus y los ingleses, ahora se ven asediados por la marejada de las tribus de color, que rodean a su país, y los amagos de los comandos soviéticos. anidados en Angola, Etiopía y Mozambique y saben que la menor fisura en sus defensas les significaría la pérdida de su independencia y de su libertad. Viven en un casi perpetuo estado de asedio.

Es preciso definir ante todo, para evitar confusiones, en qué consiste el tan vilipendiado apartheid. Esta palabra significa sencillamente el desarrollo y el progreso separado de los blancos y los negros, para preservar el control defensivo y político de los blancos, en un estado que han construido con largos y enormes esfuerzos, en bien de todos.

El trato que reciben los negros en Sudáfrica, trabajo, buenos salarios, abundantes alimentos, educación, servicios médicos, seguridad y justicia, es tan favorable, que las autoridades sudafricanas se hallan preocupadas por el volumen de la inmigración clandestina que se infiltra desde los estados de Lorenzo Márquez, Rhodesia y Mozambique, en busca de un refugio, disfrutar así de un mayor bienestar y escapar a las endémicas matanzas entre las tribus enemigas.

Gozan por cierto de mayores derechos, seguridad y comodidades que en el Sudán, Angola y Etiopía por ejemplo. Sudáfrica es a su lado el Paraíso.

El Comité sobre la Crisis Demográfica, con sede en Washington, ha publicado ("La Nación", 19 de junio) la dolorosa escala de carencias y padecimientos que atormentan a los pueblos africanos, la mortalidad infantil, la desnutrición, la falta de agua potable, la falta de educación, las epidemias, la inflación y la violencia.

En ese tétrico cuadro de "padecimientos humanos", Mozambique figura con un índice de 95, Angola 91, el Chad y Mali con 88, Somalia con 87, Nigeria con 85, Burkina, Faso y El Zaire con 84.

Esto no es todo, el número de muertos causados por las luchas tribales y las masacres, en esas regiones, es atroz. Según los últimos informes ("La Nación", 12 de junio) en Etiopía desde 1980 han sucumbido 500 mil víctimas, en Mozambique desde 1981 otras 400 mil y 800 mil han huido a otras comarcas, con preferencia a Sudáfrica. En los combates entre Angola y Namibia desde 1975 han sucumbido 213 mil víctimas, en Uganda desde 1981 han caído 102 mil, además de las 10 mil que se registran en el Sahara Occidental y las 7 mil en el Chad.

Recientemente ("La Nación", 22 de agosto de 1988), en el Distrito de Burundi, que linda con el Congo y Tanzania, las enardecidas turbas de la tribu Hutu masacraron



a machete y lanza a 24 mil hombres, mujeres y niños de la tribu Tutsi ante la impotencia del Alto Comisionado para los Refugiados de las Naciones Unidas.

Y ese es el infierno de llamas, hambre, sangre y miseria que admiran y pretenden propagar por toda África, ciertos funcionarios mal informados cuando actúan, quizás sin saberlo, como títeres de un trágico ballet a la Poppesky.

Pero mucho ha cambiado; el viejo concepto esclavista de los conquistadores lusitanos ha sido reemplazado actualmente por la doctrina de la misión civilizadora del hombre blanco, el "white man's burden".

La realidad es muy distinta de las declamaciones sectarias. Vemos objetivamente en un platillo de la balanza en Sudáfrica las tribus negras que viven en paz, bien alimentadas, educadas y medicadas y sólo privadas de la función política y secundaria del voto, y en el otro platillo de las demás comarcas, imperar las matanzas, el hambre y la esclavitud, las epidemias y despóticamente privadas, con mayor rigor aún, de la facultad de votar y hasta de opinar acerca de nada.

El nivel de vida de las tribus de color en Sudáfrica es, por supuesto, 10 veces más elevado que el nivel de vida en Biafra, Etiopía, Mali, Mauritania, el Chad y el Sudán, administrados por gobiernos despóticos, que han deprimido sus bosques y ahondado la erosión de las tierras y se hallan ahora invadidos por las arenas y atormentados por las crónicas hambrunas.

Sucede al revés de las Repúblicas Soviéticas: en Sudáfrica los negros desean ingresar, cuando en las Repúblicas Soviéticas los blancos quieren huir, aun con el riesgo de recibir un balazo.

La mayoría de los motines que estallan en Sudáfrica son fomentados por los agentes soviéticos y algunos pocos, por las feroces disputas entre las tribus, que sólo se podrán aplacar con pacientes años de aprendizaje cívico.

El artificial Movimiento de Liberación se halla dirigido por el ANC (Africa National Comitee) y es la máscara de los agentes soviéticos y de la Swapo. Joseph Sbro, Coronel de la KGB, Oliver Tambo y Moses Kotane organizan las incursiones contra las cisternas, las fábricas y los mismos funcionarios negros, para desarticular la administración.

Es revelador que a pesar de la insistente propaganda de la Liberación, los africanos prefieren habitar en los territorios blancos, donde carecen del derecho de voto, pero disfrutan de las ventajas de la seguridad y del bienestar.

Después de todo, para saber si un régimen político es bueno o malo, no es necesario compulsar largas estadísticas: basta verificar si los habitantes se quedan o se van y en la Argentina, la emigración de los cerebros se ha convertido en estos años en una catástrofe nacional.

Tampoco el derecho de voto ha sido considerado como un instrumento político elogiabile por las tropas cubanas y norcoreanas, acuarteladas en Angola y Etiopía, y esos infortunados pueblos deben cumplir sus órdenes sin la menor objeción.

Las lanzas, las jabalinas y las granadas, han sido los instrumentos jurídicos más difundidos en esos estados y sus consecuencias fueron las masacres, la tiranías carnalescas, las ruinas y el hambre.

Las desesperantes necesidades que padecen otras zonas de África no se aliviarán allí, como en otras partes del mundo, con discursos lagrimosos, promesas demagógicas o las viejas fórmulas del imperialismo soviético, sino con alimentos, agricultura, industrias, educación, medicinas, en una tarea que exigirá muchos años.

Las restricciones del apartheid, que sólo se aplican en el territorio propiamente sudafricano, se han reducido a un mínimo. Actualmente se limitan al derecho de voto y a la facultad de adquirir algunas propiedades inmuebles. Los africanos deben llevar una cédula de identidad, con la mención de su tribu y la constancia de haber pagado los impuestos, casi como entre nosotros, pero sufren menos atropellos fiscales que los angustiados contribuyentes argentinos.

Las limitaciones al derecho de voto no son arbitrarias, puesto que el nivel cívico de las tribus de color es todavía incompleto y los mismos apóstoles soviéticos las han impuesto dictatorialmente y sin excepción en su país y en todos los territorios que ocupan, como Polonia, Cuba y Nicaragua, porque consideran que el voto sólo puede ser una fuente de turbulencias.

No hay más apartheid social que en América del Norte y buena parte de América del Sud. Basta visitar

las magníficas piletas de Sea Point en la ciudad de El Cabo y los más lujosos hoteles de Johannesburgo. No existen discriminaciones entre blancos y negros en las Universidades, aeropuertos, hoteles, teatros, oficinas postales o tranvías.

La nueva Constitución de 1983 permite a los hindúes y a los mestizos ingresar al Parlamento y a los ministerios y autoriza los casamientos interraciales, antes prohibidos.

El Soweto, al lado de Johannesburgo, con 800 mil habitantes, calificado por la propaganda soviética como el ghetto negro, cuenta con casas elegantes, jardines y piletas, iglesias, escuelas, hospitales, cinematógrafos, restaurantes, y también como es inevitable algunas casas pobres, no peores que los bidonville de París, y pueden elegir sus propios Concejos Municipales.

El Presidente Peter Wilhem Botha ha propuesto organizar un Foro con los representantes negros, pero lo resisten los agentes soviéticos y los conocidos compañeros de ruta.

La posición de los negros en Sudáfrica es mejor que la de los argelinos en Francia, que la de los indígenas en el Amazonas, que la de los indios miskitos en Nicaragua y de los melanesios en Nueva Caledonia y disfrutan por añadidura de mayor libertad que los campesinos de la Ucrania y del Afganistán, y que los fieles de la Iglesia Ortodoxa en las Repúblicas Soviéticas; allí sí existe el más implacable apartheid intelectual, político y social, sin que los furiosos críticos del gobierno sudafricano levanten la menor voz de protesta.

Jacques Soustelle denuncia que las críticas al régimen sudafricano son promovidas desde Moscú, con el afán de apoderarse de una vital plaza estratégica.

Así señala que es preferible el régimen sudafricano del apartheid, que asegura la paz, la convivencia pacífica y el adelanto social de los pueblos, que las atroces matanzas de las tribus Shona contra los Ndebeles en el Zimbabwe, en Bourkina-Fasso (Alto-Volta), a la guerra de Etiopía contra Eritrea, a la guerra de la pretendida República del Sahara contra Marruecos, a la suerte de las poblaciones víctimas de los flagelos, de la esclavitud en sus formas más abominables, del hambre, de la lepra, del tracoma, del beriberi, las triquinosis, el SIDA y de todo género de pestilencias.

Recuerda además Soustelle los 8 millones de presos políticos que agonizan en los goulags de las Repúblicas Soviéticas, los millares de presos martirizados en Cuba, la persecución de los obreros en Polonia, la ocupación de Angola y observa mordazmente que los predicadores marxistas, en vez de reprender a los incendiarios, atacan a los bomberos.

Sería una gran candidez creer que las críticas al apartheid se deban a un elogiado amor por las poblaciones negras y a una sincera preocupación por su bienestar, porque la filantropía no es un sentimiento muy difundido en las relaciones internacionales.

Es en realidad el camouflagé de una campaña racista y anti-occidental, montada desde Moscú con el fin de formar un estado prosoviético, a sus órdenes, como parte de un plan económico y militar. Sudáfrica es una pieza y una pieza muy importante, en el ajedrez mundial. En el caso de triunfar es indudable que la suerte de los negros sudafricanos empeoraría inmediatamente, descendería al nivel de los obreros polacos, puesto que sólo les interesan sus servicios, como mano de obra y carne de cañón en caso necesario.

Como un capítulo de ese plan figura Sudamérica, según lo revelan los coincidentes movimientos de liberación, que actúan bajo su inspiración y con su apoyo en armas y dinero, y entre llamas y sangre, desgarran a Colombia, Perú y Bolivia.

Los funcionarios soviéticos no ocultan sus propósitos. Hace pocos años el Secretario Breznev los expuso con precisión: "Nuestro objetivo es tomar el control de los dos grandes depósitos de riquezas de que dependen los países de Occidente, el Golfo Pérsico y el África Central y Austral". Esto es claro y no debe olvidarse.

La posesión del Cabo de Buena Esperanza le permitiría al gobierno soviético controlar el tráfico marítimo en el Atlántico Sud y bloquear prácticamente los suministros a Europa y al Japón, puesto que el Canal de Suez es insuficiente y fácilmente anulable. Así dominarían a Occidente, sin necesidad de llegar a un enfrentamiento nuclear. Por eso Jean Puey dice que la sobrevivencia del mundo occidental pasa por el Cabo.

Si este plan prosperara, el gobierno soviético conseguiría eliminar el centro de comunicaciones de Silvermine

y los equipos electrónicos que le permiten al gobierno sudafricano vigilar el paso de los barcos en el Atlántico Sud y además apoderarse de la base naval de Simonstow, donde pueden fondear 50 barcos de guerra de gran calado y que actualmente jaquea las bases soviéticas de Luanda.

Podría además incautarse de los materiales estratégicos de Sudáfrica, el manganeso, el vanadio y el cromo. Las minas de oro que rinden el 55 % de la producción mundial, sumadas a las 50 toneladas que extrae anualmente en los Montes Urales, le darían los recursos necesarios para dominar el mercado financiero mundial.

Sudáfrica es actualmente el contrafuerte de Occidente en un mundo dividido y ríspido. No puede calificarse de totalitario a un gobierno que combatió al lado de los aliados en las dos guerras de 1914 y 1939, con sus cuerpos expedicionarios y las provisiones de materiales bélicos.

El dilema actual es elegir entre un gobierno boer occidentalista y buen administrador, o el legendario Idi Amin Dada con una guadaña y una metralleta, una temible amenaza para la civilización y las libertades humanas.

Naturalmente los sudafricanos están dispuestos a defender, por todos los medios, el estado y el estilo de vida que han creado, y cuentan con el apoyo, a veces silencioso, de las grandes potencias.

Por nuestra parte tenemos el mayor interés en fomentar nuestras relaciones con Sudáfrica, en beneficio de nuestro desarrollo industrial y comercial, particularmente en el Atlántico Sud y con los enormes mercados de Oriente.

Por eso, la decisión de nuestra Cancillería de romper relaciones con la República de Sudáfrica el 22 de mayo de 1986 es un grave error que perjudica considerablemente los intereses nacionales. Viola a su vez los principios de no intervención y de autodeterminación de los pueblos, y nos coloca en el bando de los países soviéticos, con un alarmante peligro para nuestro futuro.

Es desconcertante observar, que al mismo tiempo que el Presidente viaja a China, para abrir esos mercados, nuestra diplomacia nos cierra la vía más fácil a través del Cabo, para el tráfico marítimo con esas regiones.

Debemos tener presente que la población blanca de Sudáfrica puede llegar a ser desbordada en el futuro por

el mayor crecimiento de la población negra y en ese caso la Argentina será para los boers, como en el pasado, el mejor de los refugios y para nosotros un aporte altamente positivo por su cultura y adelanto técnico.

Por eso es urgente corregir con claridad nuestra bilingüe posición internacional y restablecer nuestras relaciones con un país que tanto puede contribuir a nuestro adelanto.

Como nos enseña la República Sudafricana, el bienestar de los pueblos sólo se logra por la buena administración del Estado y una sana economía, la idoneidad de los funcionarios y el trabajo de los ciudadanos. Estas condiciones son ineluctables y de su cumplimiento depende, en estos días oscuros, nuestro futuro.